

ICONOGRAFIA MARIANA Y HERCULES CRISTIANADO, EN LOS TEXTOS DE PARAVICINO

por

JESÚS M.^a CAAMAÑO MARTÍNEZ

Ahorraremos, en esta ocasión, todo comentario sobre el estilo y originalidad de Fray Hortensio como orador sagrado¹. La lectura de su obra nos ha permitido reunir una rica colección de textos, de los que hoy espigamos unos pocos: los referentes a la Virgen y a la asimilación cristiana de la figura de Hércules². Sin duda no son los de mayor relevancia en relación con las artes plásticas, pero, sí, encierran evidente interés. De una parte, nos confirman, por las coincidencias, en la mentalidad dominante en su tiempo, dentro del mundo hispano, respecto a ciertas representaciones iconológicas sagradas³; de otra parte, reflejan con nitidez la valentía de Paravicino en muchos puntos. Para las coincidencias, basta remitir a Pacheco, artista a la vez que teórico del arte, prácticamente riguroso coetáneo de Paravicino, al que superó con mucho en años, aunque no en saberes, sensibilidad ni novedad de pensamiento y expresión⁴.

¹ Algo hemos apuntado en *Fray Simón de Rojas, visto por Paravicino y Pitti*, "Homenaje al Excmo. Sr. Dr. D. Emilio Alarcos", Valladolid, 1965-67, II, 867-888, trabajo en el que remitíamos a los estudios del Prof. Alarcos García, lo mejor hasta hoy día sobre la materia. Así lo reconoce el Prof. Entrambasaguas al destacar que es D. Emilio Alarcos quien "con más extensión ha estudiado la figura literaria de Paravicino" (*Aportaciones a la bibliografía de Paravicino*, "Homenaje... Emilio Alarcos", cit., II, 225-238).

² Hemos manejado la edición de Ibarra, *Oraciones evangelicas, Discursos panegyricos, y morales del M. Fr. Hortensio Felix Paravicino, Del Orden de la Santisima Trinidad, Redencion de Cautivos. Corregidas, y enmendadas... por un Religioso del mismo Orden. Madrid. Por Joachin Ibarra. Año MDCCLVI*. (6 vols.). De aquí en adelante se citará simplemente por *Oraciones*. En los textos, hemos modernizado la ortografía.

³ Mayores serían aún las concordancias si adújesemos —lo que hoy se escapa a nuestra intención— aquellos textos de carácter general que encierran una a manera de declaración de principios sobre iconología sacra.

⁴ Paravicino nació en 1580 y murió en 1633. La vida de Pacheco se extiende de 1564 a 1654.

Paravicino no era un extraño para Pacheco, quien le menciona elogiosamente como persona entendida en las artes: "Un Salucio, un Cabrera, un Farfán y un Hortensio consultaban, empero, los grandes artífices y así hablaban con acierto en ésta (es decir, la pintura) como en las demás facultades..." (*Arte de la Pintura*, con preliminar, notas e índices de F. J. Sánchez Cantón, Madrid, 1956, II, 171).

Paravicino es paradigma de ciertas características peculiares de la literatura de nuestro Siglo de Oro —extensivas, en líneas generales, a las artes plásticas—. El aspecto, eminentemente, unívoco que ofrece la historia de España a los ojos de don Américo Castro, se manifiesta en lo literario en el entronque con la tradición latina, con la antigua retórica y sus métodos expresivos, con sus recursos formales y fuentes de inspiración, como ha acertado a poner en relieve Curtius. La herencia de la antigüedad transmitida por la Edad Media y renovada por el movimiento humanista, se refuerza con el peso de la literatura eclesiástica, a su vez teñida de grecolatinidad. La patrística griega y latina, en pugna con el mundo pagano, pero admiradora de su cultura, la hizo suya —a través del concepto de *paideia*—, cristianizándola. Y precisamente la literatura eclesiástica, que tiene allá su punto de partida, se deja sentir —más o menos pura, con mayor o menor intensidad— no sólo en el campo de la ascética y la mística, sino en el de todas las letras de nuestro Siglo de Oro. Por eso no son de extrañar, máxime habida cuenta de la identidad del tema, las coincidencias, valga por caso, de Paravicino y Pacheco.

Pero pasemos ya a los textos.

En conformidad con la tradición, Paravicino narra así la Presentación de la Virgen en el templo. María es una niña de tres años, que, resueltamente —para mostrar que se mueve a impulso de su propia voluntad—, sube sola las quince gradas del templo, donde permanecerá hasta los catorce años, edad en la que le es dado esposo.

“Pues... veis una niña de tres años que se consagra a Dios en su templo; que, para mostrar que no la presentan sus padres, sino que ella se presenta —porque menos voluntad que la suya no pudiera dar tanto a Dios—, sube, en opinión de grandes Padres, por sí sola las quince gradas del templo...”⁵

En otro sermón, Paravicino da cuenta detallada de las labores de María en el templo. “Labró María... para el templo en su niñez, no matices, milagros de cañamazo. Obras de sus manos veneró, gozó —;oh, suma dicha!— la antigüedad un paño de diversos colores en dos haces —que nada hay que suene revés en manos de María—, carmesí la una, la otra verde, caridad y esperanza... Eran dibujo y historia a los matices Jesucristo, Hijo suyo y Redentor nuestro, sus discípulos y Apóstoles. Aquí doblarías la suerte, Matías, zodiaco sagrado, victoria poco

⁵ *Oraciones*, VI, 237.

En otras dos ocasiones evoca Paravicino el mismo número de gradas del templo (*Oraciones*, IV, 257-258, y VI, 173). Y hácelo también Pacheco (*O. c.*, II, 223-227). Sin embargo, pocas veces se han ajustado a esta norma las representaciones. Son más frecuentes, entre las que ofrecen numerosas gradas, aquéllas en que se cuentan trece y catorce que quince. En el lienzo de la Presentación de la Virgen, de Francisco Camilo, aparecen sólo catorce gradas, mientras en su dibujo del mismo tema y obra, quince (véase la lámina correspondiente a D. A. I., *Nuevas obras de Francisco Camilo*, A. E. A., XXXVIII, 1965, 59-61).

cuidadosa del celestial en tal Sol, en signos tales. Mas, ¿por qué, entre lo verde y carmesí del arco, lo azul del cielo no buscó lugar? Quizá por color mentido no se le dieron" ⁶. El ánimo blando y suave que Paravicino confiesa tener, se goza en los pormenores de pasajes tiernos, como el transcrito. Y más, en el caso de la Virgen, derretido el corazón por el incendio de su devoción mariana.

Importa destacar dos comentarios de Fray Hortensio acerca de la Anunciación y Encarnación, ambos de raigambre medieval. Recuerda en uno que, según Pedro Damiano, el celestial mensaje se verificó bajo forma de carta presentada por Gabriel, en la que María estampó el nombre como testimonio de su asentimiento. La otra glosa, más común, se refiere a la "concepción por el oído" —*conceptio ex auditu*—, glosa en la que se mide el alcance de tal expresión. Por analogía con este último punto, reproduciremos también aquí el texto en que Paravicino compara el misterio de la Encarnación con el cuño o sello de Dios en María. Véanse los textos aludidos.

"Pues atended las palabras últimas [de Pedro Damiano]: *Traditur epistola Gabrieli, in qua salutatio Virginis, incarnatio Redemptoris, modus redemptionis, plenitudo gratiae, gloriae magnitudo, multitudo laetitiae continetur*. Hallado el nombre, le da —dice— Dios a Gabriel la carta, donde la salutación de la Virgen, la Encarnación del Redentor, el modo del rescate, la plenitud de la gracia, la grandeza de la gloria, la muchedumbre de la alegría vienen firmadas. Que es toda la sustancia y el modo, el hecho y las palabras del Misterio y del Evangelio de hoy, y en el nombre de María, todo" ⁷.

"De cuantos lugares se trae para explicar la hidalguía de esta Encarnación misteriosa, el penetrar Dios en las entrañas de María limpias, dejando su ser ileso totalmente y sin quiebra alguna, ninguno lo explica más que llamar aquella acción con el mismo nombre de oído. Pues aun no como hiere la voz el órgano y el instrumento de la oreja, sino como allá dentro se forma la acción de oír, como se abraza con el sentido la especie y, junta con su potencia aquel objeto, engendran su noticia del grito a la voz; así la palabra del Padre, tan secreta que no estorbó el silencio de sus eternidades, entró en la oreja interior, en las entrañas y voluntad pronta de la Virgen" ⁸.

"Queréis hacer un sello para cerrar cartas y poner vuestras armas en él. Y para que imprima en la hostia bien lo labrado, el camino es labrarle con el buril, ahondar con él en la plata, en el acero o cualquier otro metal, y veréis que,

⁶ *Oraciones*, VI, 351.

⁷ *Oraciones*, IV, 189.

No es muy corriente esta versión iconográfica. A ella se ciñe, sin embargo, la tabla de la Anunciación de la iglesia parroquial de Rubí de Bracamonte, como hemos hecho constar en nuestro artículo, *La presencia del Maestro de Portillo en Valladolid. Nuevas obras*, A. E. A., XXXVIII (1965), 87-104.

⁸ *Oraciones*, IV, 327.

cuando llegáis a sellar o señalar la carta, no se imprime ni se señala en ella en manera alguna el relieve o el resaltado del sello, sino lo bajo y acabado de él. Y mientras más hondo echárades el buril y entrárades más en el acero adentro, más saldrá el sello, quedará el relieve más sellado y más descubierto. Pues eso es lo que hoy hace Dios. Quiere sacar el sello de sus armas y imprimir el blasón de su misericordia y de su poder, y para eso echa el buril hondo y desde la alteza de Dios baja su brazo Cristo, Señor nuestro, con al perspicacia de un ángel, más sutilísimo que otro instrumento humano, a lo más hondo que puede ser, a la tierra, a Nazareth, a la esposa de un carpintero" ⁹.

En la visita de la Virgen a su prima Santa Isabel, Juan, desde el vientre de su madre, celebra el privilegio de quedar limpio de toda mancha. Paravicino, familiarizado con el mundo clásico y gustoso en cristianizarlo, ilustra tal portento con el paralelo que establece entre la Virgen y Alcón. "Célebre es en la antigüedad la destreza de Alcón (así se llamaba un tirador grande de aquellos tiempos). A éste le sucedió un día un caso raro. Durmióse en el campo un hijuelo suyo y, como suele ser la hierba dulce, si engañosa celada de las culebras, una que acreditaba entre otras aquella verde traición, llegó al muchacho y, abrazándole engañosamente con un orbe y otro, con una y otra vuelta, halló quietud a su enojo y prevenía la muerte del mozo. Vínole a buscar, que tardaba, el padre. Pasmóse a la primera vista y, neutral al ardor y al hielo, entre el miedo de la muerte del hijo y el deseo de librarle de ella, quedó perplejo... Coge el arco, ajusta la flecha, vibra la cuerda, pone la mira, sale la pluma del arco rompiendo con tanto silencio como velocidad el aire, clava la culebra con tiento tal, que, obediente tanto al amor como a la destreza, midió de tal suerte la distancia que, logrando el tiro, a la sierpe quitó la vida y al mozo no ofendió la piel, antes, despertando al golpe, llegó (como decimos vulgarmente) hasta saltar de placer... Durmiendo estaba en las entrañas de su madre Juan. Cogido le tenía la primera culebra, vueltas dadas tan apretadamente al pecho que bebía el veneno la alma... Desde su casa le da el ánimo a María: era Madre de Dios y nuestra. Viene al lugar del peligro, reconoce en Juan la sierpe, vibra el amor —no los brazos de traidora—, las entrañas, sí, de madre. Arroja la flecha que escogió el Padre por tal, como a voces dijo Isaías: *Posuit me sicut sagitam electam*. Penetró las entrañas de Isabel, atravesó la culebra, sólo el estruendo sintió Juan y en él el beneficio de veese libre. *Exultavit infans in gaudio in utero meo*. ¡Extraña rareza! ¡Rara arte! *Ars erat esse Matrem*. La arte era ser Madre de Dios" ¹⁰.

La virginidad sin tacha de María tiene, para Paravicino, su imagen más acabada en el sepulcro de Cristo. "Resucitó al día tercero el Hijo de María...

⁹ *Oraciones*, IV, 337. A continuación, compara la unión de las dos naturalezas en Cristo con una labor de taracea o ataujía.

¹⁰ *Oraciones*, IV, 355-356.

y, heredándose a sí mismo la gloria que granjeó en su muerte con triunfales resplandores —sin inquietar la pizarra, sin turbar el sello—, dejó el sepulcro. No pudo haber más hermosa imagen de la integridad de su Madre y su nacimiento de ella”¹¹.

Paravicino reclama repetidamente el respeto a la verdad histórica, exigencia que pide también a las representaciones plásticas. Su principio es la fidelidad al texto evangélico, pero iluminado con los conocimientos que sobre el momento o hecho nos ofrezca la historia. Así, por verosimilitud, dadas las normas de la ley mosaica, sostiene que la Circuncisión debió tener por escenario el mismo del Nacimiento de Cristo y por ministros, a sus padres. “De donde estas tablas comunes de la Circuncisión no se pintan con decoro ni con certeza, pues la Virgen no salió del lugar del pesebre en cuarenta días; y ella o el glorioso José fueron los ministros de aquel primer ensayo de muerte de Jesucristo, de aquella temprana sangre”¹².

La refección de Cristo en el desierto, tras las tentaciones, es motivo grato a la pintura barroca. Los ángeles sirven y disponen la mesa. Pero lo que quizá se haya olvidado es la presencia de María en segundo término. Que si los ángeles sirven, fueron las manos de la Virgen, en su función de Madre, las que prepararon la comida, en opinión de San Bernardo y San Bernardino. “Sienten estos

¹¹ *Oraciones*, VI, 220. Nos limitamos a recoger las frases esenciales, pues Paravicino desarrolla la imagen con gran amplitud, extremando la comparación
¹² *Oraciones*, III, 288. Pacheco se expresa en parecidos términos (*O. c.*, II, 245-250).

Dice más extensamente Fray Hortensio en otro pasaje (*Oraciones*, III, 72-73): “El ministro [de la Circuncisión] era forzoso; los padres lo solían ser; las madres lo fueron conocidamente en los más lugares de la Escritura. Otros dicen que San José. El instrumento, piedra o cuchillo, aparatos violentos ambos. El tiempo era el día octavo... El lugar solía ser el de la ocasión, por la otra ley que habían de estar cuarenta días retiradas las madres en el lugar que las cogía el parto.

Faltaron las razones de la ley todas en Cristo, pero hízola el amor tantas, que afectó el pasar por ella. Fue su Madre, la Virgen María Nuestra Señora, el ministro —crueldad del amor también, pues El fue el primero, como dijo allá no sé quién, que enseñó a la Madre a teñir las manos con sangre de hijo. *Sevus amor docuit natorum sanguine matrem commaculare manus*—. Y digo que fue ella, porque, aunque no lo ha dicho sino San Bernardo, ninguno ha sabido otra cosa más de cierto, y él no lo dejó más en duda que haberle engendrado de sus entrañas y dándole leche de sus pechos. El instrumento puede presumir nuestra piedad, razonablemente crédula, sería acero, porque, a brazo real y tierno, ¿qué oficial no afiló lanceta? Tan molesto sacrificio como partir con piedra no dice con la ternura de Madre tal. No obstante que han dicho Padres grandes que sería piedra, y no es bien que nos encuentren con la autoridad tuyas solas conjeturas nuestras.

El día ya lo dice el Evangelista que era el octavo... El lugar fue el mismo establo sobre las pajas del pesebre, tan secas o tan sedientas de Dios que, no contentas con lágrimas tuyas, llegaron a beber su sangre. Entendiólo así Epifanio, y están por él las leyes de la purificación que ocultaban las madres en el lugar del parto”.

Padres que la Virgen le previno la comida aquel día a Cristo, si bien los ángeles, como dice el Evangelio, se la servían”¹³.

La Virgen está “vestida del Sol en gracia” —dice Paravicino refiriéndose a la Inmaculada—. “Y, así, la luna con que hoy la pinta la piedad de los fieles a los pies, no parece que esté bien pintada, porque aquella media luna con las puntas arriba señala que la parte que la falta hasta estar circular y redonda, está oscura —que, a no estarlo, toda la luna se viera—. De donde a alguna gran devota de la Virgen suplicara yo que pintara la luna o toda entera, porque toda tiene luz, o las puntas vueltas hacia abajo, porque, estando el sol entre la mujer y la luna, no podrá estar oscura la parte más superior, sino la que a nosotros corresponde —porque el Sol de la verdad siempre la baña de luz, pero a algunos no se lo parece—. Quédese, pues, hacia los hombres la oscuridad y muestre en eso María un no sé qué de divinidad, comunicado del Hijo, ya que no se la pudo dar. Que eso es ser Concepción de Hija de Dios...”¹⁴. Pacheco, respecto a la luna, cita la autoridad de su paisano el P. Luis del Alcázar, coincidente con el sentir que hemos recogido de Paravicino¹⁵. Pues bien, Fr. Hortensio, que, como acabamos de ver, otorga a la Inmaculada los atributos de la mujer apocalíptica, no ve en ésta sin embargo una imagen de la Virgen, sino de la Iglesia: “...fácil quedará de aplicar hoy a la Virgen la imagen prodigiosa de Patmos (que vio San Juan en el cielo) de la mujer vestida del sol, que estriba sobre la luna, siendo allí la Virgen (aunque del tabí del sol sus vestidos y de los rayos de las estrellas sus crespos) no la mujer (que ésta padeció dolores de parto, gritos, de quien ni el eco se ha de acercar a la Virgen), sino la luna, y la mujer, la Iglesia”¹⁶.

El mito de Hércules era fácilmente asimilable al credo cristiano. Sus hazañas redentoras —pues así pueden llamarse, ya que no son sino lucha y triunfo sobre el mal— se imponen como prefiguración pagana de la misión mesiánica. Al igual que a tantos otros personajes del Antiguo Testamento —entre ellos, Sansón, el Hércules bíblico—, se le mira, y desde los primeros siglos del cristianismo, como imagen pagana preanunciante de Cristo. Surge así en la literatura eclesiástica donde alcanzará el valor de tópico, la “ semejanza ” Hércules-Cristo. El profesor

¹³ *Oraciones*, IV, 486. En otro lugar (*Oraciones*, I, 190), aduce Paravicino la autoridad de San Buenaventura, y no las de San Bernardo y San Bernardino: “Cubrieron los ángeles en aquel campo y sirviéronle la vianda, que, en opinión de San Buenaventura, le había guisado su Madre”.

¹⁴ *Oraciones*, IV, 23.

¹⁵ *O. c.*, II, 211-212.

La observancia de este pormenor iconográfico —aparte de en las Inmaculadas de Pacheco— es respetada en buen número de obras de nuestros mejores artistas. Ahí están Zurbarán (Inmaculada del Museo del Prado), Alonso Cano (así, la del Museo de Vitoria o la de la Colección Condesa de las Infantas), Pedro de Mena (con sus tallas de Alhendín o de la Catedral de Córdoba), etc.

¹⁶ *Oraciones*, IV, 203.

Angulo, desentendiéndose del fenómeno registrado en las letras, ha tratado de su reflejo en el campo del arte, con acopio de obras testimoniales de la cristianización de Hércules¹⁷.

Paravicino —al que hemos de limitarnos —ofrece no escasas citas de la asunción poética de Hércules en Cristo. Una de las veces no omite ni el señalar fuente: San Agustín. Para él —como para el santo africano—, Cristo es Hércules y su clava, la cruz, donde consumó la redención, victorioso del pecado y del demonio. "¡Oh, Hércules mío!, que Agustino os llamó así por veros con la cruz de nuestro Evangelio a dos manos, domando —como desde aquí os miro—, no con hierro, el orbe, sino con un leño, bien que adornada la clava de muchos hierros, que en Vos obran dolores, si errores, Señor, en vuestros enemigos"¹⁸. E invocación casi en idénticos términos repite Paravicino en el romance "A una agonía con un Cristo". Pide a Cristo-Hércules que, manejando la cruz como clava, le libere del enemigo, enmascarado a la vez bajo forma de sierpe y de león. (Como si dijéramos, pide realice a un tiempo dos de sus "trabajos".)

"A dos manos esta clava
jugad, soberano Alcides,
contra la escama y la greña
de un voraz y un rugible"¹⁹.

La serpiente y el león —símbolos bíblicos ambos del pecado y del demonio, sobre los que Cristo canta su victoria— parecían estar de siempre apellidando al Salvador de mejor Hércules. Las semejanzas se remontan a los primeros pasos. Jesús, niño, en la cuna "vencedor de la culebra", es "Alcides de más verdad que el otro que acreditó la mentira"²⁰.

Pero no menos enjundiosos —y más nuevos— son los conceptos que vierte Paravicino respecto a la Virgen. Por su participación con Cristo en la obra redentora —anunciada en la profecía de que aplastaría a la serpiente con sus plantas—, la asimilación de Hércules toca también a la Virgen. "Yo, pues —dice Dios—, consumiré tus pretensiones vanas, mística culebra, y, de entre las mujeres

¹⁷ Véase el apartado "Hércules y el Salvador" de su libro, *La mitología y el arte español del Renacimiento*, Madrid, 1952, 92-95. Constata allí que "el paralelismo entre Hércules y el Salvador no se siente en manera vaga". Y dice pocas líneas antes: "La exaltación de las virtudes de Hércules, y la insistencia en presentarle como el espíritu fuerte que triunfa del pecado y del mal, tuvo como consecuencia el crear una personalidad moral cuyo paralelismo con el Salvador era evidente".

¹⁸ *Oraciones*, III, 227-228.

¹⁹ *Oraciones*, VI, 453.

²⁰ *Oraciones*, VI, 223.

—que tienes por vencidas—, te daré una enemiga perpetua a quien ni tus alientos pueda llegar; y ella, que lo será mío, y Yo, que tendré ser de ella, acabaremos contigo. Y justamente. Que si la primera hazaña de un hombre, que quiso mentir dios a valentías la antigüedad, fue ahogar en la cuna culebras con las manos, una mujer, que ha de ser Madre de Dios, justo era que entrase quebrándoles con el pie la cabeza”²¹.

La participación de la Virgen, a una con Cristo, en el quebrantamiento de la serpiente se corrobora, para Fray Hortensio, en la exégesis del texto hebreo. He aquí lo que expone a este respecto en otra ocasión. “Pues, como saben los doctos, la palabra *ella te quebrará la cabeza* está dudosa, y tanto significa él como ella; con que los intérpretes, divididos, unos lo entienden de Cristo, de María otros. Yo, que los voy mirando tan unos, lo entiendo de ambos; y a ambos mira el lugar de los Números que vamos ponderando”²². La misma idea —si cabe, aún más explícita— desarrolla Paravicino en otro de sus sermones. Viene a declarar a la Virgen mediadora universal y corredentora del género humano. Las palabras de Paravicino, que transcribimos en párrafo aparte, no pueden ser más gráficas. Y, si la cita es un poco larga, bien lo merece el ingenio que luce en el ejemplo que ilustra su doctrina —ejemplo medieval lleno de sabor, al que acierta a dar el colorido apropiado el verbo de Paravicino—.

“En la rota sangrienta de Granada, cuando se perdió el otro Rey, acudieron a la gloria —si no a la presa de tenerle por prisionero—, tan igual, tan imperceptiblemente primero, los dos señores de Cabra y de Comares, tirándole éste de las greñas y del faldón aquél, que quedó oscura la certeza de tan clara e ilustre hazaña. El acuerdo soberano que se tomó para no confundir en la posteridad la relación ni defraudar la gloria, fue pintar la Majestad prisionera en el escudo de ambos, dividiendo la orla de él. El uno, *Omnia per ipsum facta sunt*; y el otro, *Et sine ipso factum est nihil*. Tal (si con lo humano se pudo componer lo divino parece que apuestan en el amor Cristo y María; y que, al remedio nuestro, llegaron tan a tiempo a quebrar la cabeza de la serpiente, a desposesionarle de su injusto imperio al Príncipe de este mundo (*Ipsa conteret caput tuum, Filius hominis tradetur*), El por Ella, Ella por El, que a un pie crujen las escamas, otro le desarma el ceño”²³.

Realmente, parece como si Paravicino se hubiese propuesto en los últimos textos citados esclarecer el contenido teológico de la rechazada “Madonna dei Palafrenieri”, de Caravaggio: la Virgen, mediadora y corredentora, a una con su Hijo, en empresa alcidiana, conculca la cabeza de la serpiente.

Vamos aún a traer aquí otros dos lugares de Paravicino referentes a Hércules.

²¹ *Oraciones*, IV, 123-124.

²² *Oraciones*, IV, 76.

²³ *Oraciones*, IV, 191-192.

Fray Hortensio recuerda que los antiguos denominaban a la epilepsia "mal de Hércules". Esto le da pie para sacar una enseñanza moral de la historia del mítico héroe helénico. Hércules, víctima de la venganza de Neso, es ejemplo de conducta del cristiano, quien, siguiendo el mandato del Apóstol, ha de despojarse del hombre viejo que hay en él para dar paso al nuevo. "Hércules le llaman otros porque dicen que murió Hércules de él [de ese mal]. Sujeto mentido de los sucesos, pero moral en la significación. Que a pedazos arrancó con la camisa venosa su misma carne en el fuego de Oeta, despojo parecido al que San Pablo encarga del hombre viejo tan incorporado con la camisa y veneno de la sierpe de Adán" ²⁴.

En la oración fúnebre de Sor Margarita de la Cruz, Paravicino, evocando la tonsura monástica, lanza una de sus delgadas sospechas: que Sor Margarita, hecha sogá de su cabello, pretendió sujetar a Cristo y traerlo más a sí. Este pensamiento le arrastra a concitar el parejo desprendimiento de las jóvenes tracias, que hizo posible quedase en Eritrea la estatua navegante de Hércules. "Lo que yo llego... a sospechar ...que quisisteis arrastrar a vos suave y santamente —si no asegurarle— con la gúmena hermosa de esos cabellos. Cristianemos, si os parece (para declararnos más) un gran caso de la antigüedad que nos podría servir de no vulgar ponderación al nuestro. Iba en un navío por el mar Jonio la estatua de Hércules. De dónde o cómo viniese así sola, no se averigua. Llegó a Media (era entonces entre Quío y Eritris) y, habiendo tocado en aquel promontorio, baró pertinazmente. Unos y otros, quíos y eritreos, a porfía, todos querían tirar de la nao a su tierra; pero unos y otros no eran bastantes. Un pobre pescador ciego (que hay hombres que descubrían a ojos cerrados lo que a los más linceos hace dar de ojos abiertos) dijo a ambos pueblos que había soñado que si las mujeres se cortasen los cabellos y tejiesen de ellos los hombres una sogá o gúmena, echándola por cabo al navío, fácilmente le conducirían a puerto. Hízoseles a las mujeres costosa la devoción (que hablarles contra el cabello ni por sueños ha de ser) ...Había en Eritris algunas mujeres de Tracia, que se ofrecieron a la fianza. Hízose la sogá, echaron el cabo, lleváronse su dios los eritreos. Erigióronle un templo insigne, aunque servía el mismo vaso de altar. Hicieron ley inviolable que sólo mujeres de aquella tierra —de Tracia, digo— pudiesen entrar a venerar sus aras. Sirva el testimonio profano a nuestro sagrado ejemplo..." ²⁵.

Como puede apreciarse, un Hércules cristianado, con valor de tópicó, se erige donosamente en los textos de Paravicino. Las agudezas del famoso orador le arranca renovados matices. La historia de la estatua, que aparece —nunca más exactamente dicha— traída por los pelos, es efecto y ejemplificación de la riqueza

²⁴ *Oraciones*, VI, 251.

²⁵ *Oraciones*, VI, 385-386.

imaginativa, asociativa, de Paravicino y, a la par, de un modo de hacer barroco. No distintamente se nos presenta el emparejamiento de la Virgen y Alcón, especie de Guillermo Tell de la antigüedad. Pero, volviendo a la estatua de Hércules —y poniendo punto final—, ella entra también en nuestro horizonte, a la manera que su efigiado, como prefiguración pagana de las estatuas mareantes de la hagiografía cristiana.